

Constitucion de 1793 (y escojo á propósito la que tiene peor fama) era tan aplicable como otra cualquiera: hubiera bastado para ello saber interesar á la clase trabajadora y pobre, aplicándole la lista civil y todos los gastos inherentes á una Monarquía.—¿Pero quién sabe? No es seguro que en 1848, así como tampoco en 1793, hubieran aceptado los trabajadores este regalo. La hubieran echado de generosos. Al pueblo le gusta que sus representantes sean arrogantes; sus regalos son casi todos ideales. Le gustan las dádivas de los príncipes; de la República no recibiría á gusto ni dotacion, ni subvencion, ni gratificacion, ni mayorazgos, ni socorros, ni suplementos de salario. Tiene su delicadeza á su manera y su arrogancia. Sea de esto lo que fuere, los tiempos de 1793 y 1848 han pasado; ya no han de volver, y ésta es la razon de que yo pueda hoy hacer libremente estas críticas. Pero vosotros, conservadores ciegos é incorregibles, tened presentes aquellas palabras de la Biblia: *No tentarais á Dios Nuestro Señor.*

CAPÍTULO X.

CRÍTICA DE LA CARTA CONSTITUCIONAL
1814-1830.

La matrona de Smyrna, apólogo parlamentario.—Justo medio equivoco; doctrina pedante; moderacion hipócrita; corrupcion disimulada; austeridad intrigante; costumbres jesuíticas; política de adulterios; impotencia absoluta.

Ya que, gracias al monopolio de la prensa,

á la ambicion de los abogados, á la elasticidad de la conciencia de los que se llaman demócratas, á las contemplaciones del Gobierno imperial, estamos en camino de volver á las famosas instituciones de Julio, aprovechemos la ocasion, miéntras aún sea tiempo, para hablar de ellas todo lo mal que se merecen. Más adelante nos sería imputada á crimen nuestra opinion, que no ha de ser muy reverente.

Seguramente, de todos los partidarios del sistema modificado en Julio M. Thiers es el más sincero y hoy el más ilustre. Aquí, entre nosotros, sospecho que todo el interes que tiene en esto proviene de que es autor de la famosa fórmula: *El Rey reina y no gobierna.* Pero en todo caso no sienta mal un poco de vanidad á una conviccion política, y la de M. Thiers es completa, lo cual la hace eminentemente respetable para nosotros. Mr. Thiers es el hombre que ha hecho más por la Monarquía de Julio, que mejor la ha conocido y practicado, y el que mejor la defiende hoy. ¡Pues bien! ¿Ha visto con completa claridad el mismo Mr. Thiers los misterios de ese Gobierno formado segun su gusto y tan bien apropiado á su genio? ¿Ha conocido su inmoralidad esencial? ¿Ha visto que no era más que una utopia, mil veces más corruptora, y por consiguiente más peligrosa, que las de 1793 y 1804? Percóneme el fecundo historiador del *Consulado y el Imperio*, si de esta manera pongo en duda la firmeza de su juicio.

Mr. Thiers dice en su *Historia de Napoleon*, que se ha juzgado injustamente el *Acta adicional*; que esta cuarta Constitución del Imperio era seguramente mejor que la Carta de 1814; que en el conjunto de sus disposiciones la obra del emperador era más liberal que la de Luis XVIII. Y Mr. Thiers no se ha fijado siquiera en el artículo 18, que crea los ministros de Estado sin cartera, con encargo de defender ante las Cámaras los actos del Gobierno; no ha observado esta invención peligrosa, destinada á anular todos los efectos del parlamentarismo en beneficio de la prerogativa imperial; invención que, juntamente con el sistema electoral reproducido del año VIII, constituye toda la originalidad del *Acta adicional*, y que Mr. Thiers combate á todo trance en la Constitución de 1852, como la idea más antipática á sus sentimientos, á sus más caras convicciones. Tengo, pues, derecho para suponer que Mr. Thiers, con la ligereza ó petulancia de espíritu que tanto le ha sido criticada, no ha observado con rigurosa crítica la Carta de 1830, y que en esto ha quedado por bajo de la opinión, la cual mucho antes de 1848, sin filosofía y con la sola luz del sentido común, había condenado el sistema. En definitiva, ¿quién tiene hoy razón, la opinión antes de 1848, ó Mr. Thiers, que hace hoy cuanto puede para que la opinión se retracte? Pensé primeramente hacer un exámen formal de esa báscula, de la que parece que estamos de áridamente enamorados desde que no disfru-

tamos de ella, y que constituye exclusivamente todo el equipo de nuestra jóven oposición. Pero he reflexionado que una exposición detallada, por mucho talento que en ella se empleara, sería soberanamente fastidiosa; que semejante asunto era inferior á toda discusión filosófica un poco prolongada; que un sistema político expresamente inventado para el triunfo de las medianías charlatanas, del pedantismo intrigante, del periodismo subvencionado; en el que las transacciones de conciencia, la vulgaridad de las ambiciones, la pobreza de ideas, así como el lugar común oratorio y la facundia académica, son medios seguros de éxito; en que la contradicción y la inconsecuencia, la falta de franqueza y de audacia, erigidas en prudencia y moderación, están siempre á la orden del día; semejante sistema, digo, se resiste á la refutación; basta puntarlo. Analizarlo sería engrandecerlo y dar de él una falsa idea, por mucho que el crítico se esmerase. Además, esta Constitución es lo mismo que las otras, puesto que sabemos que todas juntas no forman más que un mismo ciclo; es uno de esos términos medios, agradables á la prudencia de la clase media, y cuya hipocresía é ineficacia aparecen en cuanto se le compara con los extremos. Ahora bien; como ya hemos tenido muchas ocasiones de hacer esto, como si nos han de faltar en lo sucesivo, y como el discurso nos es ya conocido, contentémonos por ahora con sacar su fotografía.

En otro tiempo vivía en Smyrna, en la costa del Asia Menor, una viuda jóven y bella, aunque con hijos; era además rica, ya por haber sido dotada por su marido, ya por ser tutora de sus hijos, y por consiguiente su belleza y su fortuna le proporeionaban gran número de pretendientes. Toda la familia, los parientes de su marido y los suyos le aconsejaban que no se casara. — «¿Qué vas á ganar, le decían, con un segundo casamiento? Una experiencia conyugal de cinco años ha debido ser bastante para desvanecer tus sueños juveniles. Tu difunto marido era un hombre excelente; por lo cual debes mirar como un honor el no reemplazarlo y guardar piadosamente su memoria. Por contrato matrimonial y por testamento te ha dejado, ya á título de propiedad, ya hasta la mayor edad de los hijos, el usufructo de todos sus bienes, que son inmensos. Este usufructo, cuya cuarta parte bastaría ámpliamente para satisfacer todas tus necesidades, te asegura la independencia, una bonita fortuna y, lo que vale más que todo, el respeto y la deferencia de tus hijos. Si buscas un nuevo jefe de familia, ¡vaya una posición la tuya! No comprometas tu porvenir honroso, digno y pacífico, por una alianza cuyas entajas problemáticas no pueden compensar los inconvenientes manifiestos. Una mujer fuerte sabe encontrar su dicha en la ley que le imponen sus deberes, el cuidado de su reputación y la Providencia. Huye las alegrías que no son

para tí. Tu marido, explotando por sí mismo [sus tierras] había logrado mejorar su cultivo y aumentar sus rentas. Pero ¡con qué penas! ¡con qué trabajos! Ha muerto de fatiga..... Sé tú más prudente; divide en lotes tus posesiones y arriendalas por separado; no exijas mucho á los arrendatarios á fin de poder exigirles exactitud; absente de buscar un administrador, como de buscar marido, y como digna madre y santa viuda, ocúpate únicamente en la educación de tus hijos. ¿Vas á privarlos de la mejor parte de tu cariño con un segundo casamiento? Ten cuidado, porque así perderías á tu vez su estimación. No puede haber buena relación entre los hijos del primer matrimonio y el padrastro; al dárselo te convertirías en madrastra. Ha llegado para tí la hora de la prudencia; no debes quejarte. Sigue dueña de tí misma, y con el corazón libre, la conciencia y el cuerpo puros, cifra tu felicidad en el noble papel de madre vírgen. No hay nada comparable á esto.»—Ella conocía la fuerza de estas razones; pero no le faltaban tampoco pretextos.—«Una mujer, respondía, tiene siempre necesidad de consejo y de apoyo; lo exige hasta el cuidado de su reputación. Si se volviera á casar, lo haría principalmente en interés de sus hijos. Durante la menor edad de éstos debían verificarse ahorros que aumentarían el capital: ¿cómo, pues, no se observa que el ahorro anual sería mayor compartiendo los gastos domésticos con un esposo, que ciertamente no h

bía de venir con las manos vacías?—En cuanto al difunto, creía no poder honrarle mejor que por la elección de su sucesor. Y, una vez en posesión de un marido, esperaba, con el concurso de un hombre inteligente y activo, continuar la explotación con más éxito aún que su primer esposo. Entonces verían de lo que era capaz.»

—La verdad era que, como todas las jóvenes que han probado el matrimonio, y no obstante su repetida maternidad, estaba más enamorada que nunca.

Entre sus adoradores se había fijado en dos buenos mozos, de diferentes condiciones, pero del mismo mérito. El uno era de familia noble; su estatura alta y esbelta, su cabellera rubia, sus miradas dulces, su mano aristocrática, la distinción de sus maneras, su conversación variada, sobre todo su título, lisonjaban el amor propio de la joven viuda. El otro, de origen plebeyo, no se presentaba con tanto brillo; pero su energía apasionada, sus formas vigorosas, el metal de su voz, su barba negra y llena de promesas ejercían una seducción irresistible. En su presencia no podía menos de estremecerse con delicia. Los indiferentes no miraban, es verdad, con la misma indulgencia á estos dos personajes. El primero era extranjero, y se decía que había disipado la mayor parte de su matrimonio en las locuras de la juventud; después había viajado y corrido aventuras; y, conociendo que iba entrando en años, trataba de fijarse me-

dante un casamiento razonable. El segundo empezaba á hacer su fortuna, y marchaba hácia su objeto con la avidez de un especulador sin freno ni vergüenza. Acosada la joven por ambos rivales, no sabía por cuál declararse. Decía, riendo, que de buena gana se quedaría con los dos..... Al fin fué preciso decidirse: en secreto se inclinaba más hácia el moreno; pero triunfó el rubio. ¿Quién, pues, le obligaba á violentar sus sentimientos íntimos, la felicidad de su vida, tal vez la seguridad de su honor? Misterios del corazón femenino, en el que la vanidad domina más que el amor. Calculó que el rubio sería un marido más manejable; que con él se presentaba mejor en la sociedad, en el baile, en el paseo; además, se proponía probar á los murmuradores que no obraba por pasión. Por mucho que se hubiera contenido, habíase traslucido algo de su inclinación; pues bien, la sacrificaba virtuosamente. Si álguien hubiera podido leer en el fondo de su alma, tal vez hubiera hecho este extraño de cubrimiento: había comprendido perfectamente, se decía, bajo el punto de vista del interés de sus hijos, que un hombre de negocios sería mejor administrador que un gentil-hombre; y esperaba, aunque no osaba confesárselo, que aquel preferido de su corazón, precisamente á causa del amor que le había dejado adivinar, le sería fiel. Después de haber hecho el sacrificio que exigía su dignidad, se contraría en la adhesión de un hombre honrado la recom-

pensa de su virtud. La mujer poseida por el amor es un pozo de picardías. En resúmen, tal fué su decision; y no hubo medio de variarla.

Verificado el matrimonio, se despertó un odio terrible en el corazon del amante chasqueado. Se quejó de traicion y juró vengarse. — «La he de poseer, dijo, de grado ó por fuerza, en las barbas de su marido.» — Inmediatamente se organiza contra éste todo un sistema de persecucion sorda y de daños de toda especie. Se le suscitan pleitos; se anima contra él á sus vecinos, se soborna á sus criados y se corrompe á sus hombres de negocios; se talan sus bosques y se maltratan sus ganados; se le desacredita en el país. Si se trata de una eleccion cívica, nunca obtiene un voto. Ella, que esperaba una existencia llena de goces, siente su corazon traspasado por estas afrentas como por agudas flechas. Conoce la causa, pero no puede confiar á nadie su dolor, ni áun á su marido, el cual, por su parte, con poderes de su mujer y convertido en amo, se mete en empresas, hace compras, ensancha el círculo de sus operaciones, y luego se consuela de los descalabros sufridos entregándose como ántes al vino y á la crápula. Intervienen nuevamente los parientes, aconsejan una separacion de bienes, ya que no de lecho, único medio, segun hacen observar, de no venir á ser gravosa á sus hijos á la mayor edad de éstos. — Pero ella replica: «No tengo queja de mi marido, que

me guarda toda clase de atenciones; en cuanto al que nos hace la guerra, conozco perfectamente la causa, y no tengo porqué sentirlo.» Por un lado se unía á su marido; por otro, saboreaba como pruebas de amor los envenenados golpes de aquel cuya pasion habia despreciado. Nunca lo habia amado tanto.

«He pecado contra el amor, se dijo por fin; el amor debe ayudarme.» — Hizo consultar, mediante ricos presentes, el oráculo de Venus en la ciudad de Helesponto, en que habia sido sacerdotisa la famosa Hero, la amante de Leandro. — El oráculo respondió: «No hay más recurso para la que consulta que entregarse á su amante sin perder su marido.» — Júzguese su sorpresa. Como mujer honrada respetaba demasiado á su marido, á sus hijos, su dignidad de madre de familia; y sin embargo, la respuesta del oráculo le llegó al alma. La hipocresía de la mujer se distingue de la del hombre en que éste á sus solas arroja la máscara, al paso que la mujer no. Se engaña así misma. — «Los oráculos suelen ser enigmáticos, dijo; ya sé lo que debo hacer.» Hace llamar al implacable perseguidor, le dirige tiernas quejas, le pregunta qué han hecho contra él su marido, sus hijos; se reconoce la única culpable; reclama su benevolencia, no para ella, sino para ellos, dando así á entender que se cree indigna de perdon; en fin, arranca de él una promesa de reconciliacion. Fué para ella un dia de triunfo aquel

en que logró que se dieran nuevamente la mano aquellos dos hombres tan amigos en otro tiempo. Había conseguido con su prudencia más que con todos los consejos. ¡Triunfo del amor y de la virtud! ¿Qué se resiste á los encantos de una mujer tan prudente como bella? Hace fratenizar á los rivales, abrazarse al leon y al dragon.

Toda la ciudad comentó esta paz pedida con tanta delicadeza y ajustada con tanta lealtad. Los literatos y gente de toda especie, invitados á la fiesta, celebraron en prosa y en verso aquella noble mujer, de la cual se habló en términos discretos, pero bien sentidos, en los periódicos y hasta en la Academia. Sin embargo; Dios sabe á qué precio se obtuvo este éxito! Aun no habían pasado tres dias, cuando ya se había cumplido la condicion impuesta por el oráculo.

Pero aquí empieza una historia muy diferente. El amante era celoso como un tigre; quería reinar sólo; abrumaba diariamente con sus quejas á su querida, la cual no tenía resolucion para arrojar del lecho conyugal á su marido ni para separarse de él. Por su parte, el marido, indiferente é incapaz, obligado, protegido; convertido en hechura de aquel que le deshonraba, cada dia se agriaba más y se entregaba á la crápula. A veces parecía querer recobrar su autoridad, y amenazaba con echar á la calle á su insolente rival. Pero estas cóleras duraban

poco: el amante había llegado poco á poco á ser el administrador, director, abastecedor, comisionista y banquero de la casa. Todos los asuntos pasaban por sus manos: hacia empréstitos, compras, ventas y renovaciones, secundado en todo por la mujer, que admiraba su gran habilidad. No pudiendo disponer de las propiedades y bienes de los menores, se habían hipotecado sus rendimientos de diez años. De este modo la subsistencia de la familia vino á depender del mismo que la despojaba.... Aquello era un inferno, un escándalo que indignaba al país entero. Poco á poco los hijos del primer matrimonio iban creciendo.—«¿Quieres, madre, le decían, que te libremos de estos dos hombres? Empezaremos por el moreno, y en acabando con él, poco nos importa el otro.»—«No, no, exclamaba ella con desesperacion; ¿qué se diría de mí? ¡Dios mio! ¿quereis deshonrarme?»—No perdía de vista, y, á la manera de Fedra, alegaba *el cuidado de su gloria*.

Resolvió por fin consultar nuevamente al oráculo.

Ella misma hizo el viaje, deteniéndose en el camino en todas las capillas dedicadas á Vénus y al Amor.

«Diosa,—dijo cuando llegó al santuario,—me habeis engañado. He seguido vuestro consejo; todo lo he sacrificado al amor, al placer, y soy más desgraciada que ántes.»

«Tú te has engañado á tí misma, insensata,—

respondió Vénus con severidad.—Has de saber que los oráculos no dicen á los mortales más que lo que ellos mismos han concebido secretamente en su corazón. Has buscado el adulterio; ya has disfrutado de él. ¿Cómo has creído que Vénus sería tu cómplice? ¿Así calumnias á los dioses? Yo, bajo el nombre de Vénus, soy la Justicia, la Belleza, el Pudor. Nunca tuve esposo ni amante; nada tengo que ver con Vulcano, Marte ni Adónis. De mi propio seno he dado nacimiento, ántes del origen de los hombres y de los dioses, á las gracias, los amores y las virtudes. Yo he creado el mundo, he fundado la primera sociedad, y el último producto de mi seno ha sido la Libertad. Y para tí voy á ser ahora el Remordimiento, que te perseguirá sin tregua. Anda, impura, y medita mis palabras. Tu vergüenza no cesará hasta el día en que consentas en ser públicamente azotada por tus propios hijos.»

Pero nada pudo decidir á aquella indigna criatura á dejar su marido ni su amante. El desórden y los apuros eran cada vez mayores; los hijos llegaron á la mayor edad y reclamaron su herencia. Esto decidió la ruina.

La tutela, en lugar de hacer economías, había contraído deudas enormes. La mayor parte de las rentas habían pasado á manos del administrador; éste era rico, y los esposos expropiados, declarados en quiebra, se vieron sin recursos. Tuvo que abandonar aquella casa, en la

que había entrado virgen, donde había sido madre dos veces, y marcharse léjos con su imbecil marido, á vivir con la pensión que le concedieron sus hijos. Como había vivido en la lujuria, su muerte fué ignominiosa. Nadie asistió á sus funerales.

Supongo, amigo lector, que no necesitas que te expliquen esta parábola; sin embargo, me figuraré que necesitas intérprete. Hacia el Occidente de Europa, bajo el clima más templado de la Tierra, existe una nación populosa, favorecida por los dónes de la naturaleza y del espíritu, sociable como pocas, que durante mucho tiempo pareció destinada para servir á las demás de consejo y de modelo, y que un día fué llamada la *Gran Nación*. Durante ocho siglos, desde 987 hasta 1788, formó una Monarquía que constantemente fué creciendo y prosperando, cuando de repente, habiendo quedado viuda de sus reyes..... Pero, ¿en qué historia me voy á meter? De tanto hablar de elecciones, de oposiciones, de eclipses, de juramentos y de parábolas, tengo la cabeza aturdida, y ya no acierto á decir lo que quiero. La cosa, sin embargo, es bien sencilla. Hace próximamente unos cincuenta años que la Francia entró en el sistema constitucional. Es decir, que después de haber sido poseída bajo el régimen de comunidad por reyes de derecho divino, sus amos y señores, se volvió á casar, tras un corto intervalo de viudedad, bajo el régimen parafer-

nal, que es lo se que llama Carta ó Constitucion, Se ha constituido, pues, lo mismo que ántes, en Monarquía, Imperio ó Presidencia: hay variedad en el nombre; sabido es que en Francia siempre ha habido pasion por los títulos nobiliarios. Pero, al entrar en posesion el príncipe esposo, ha tenido que admitir como inspector de su conducta á un antiguo amigo de su mujer, conocido por el sobrenombre de *Democracia una é indivisible*.

Con razon habian dicho á la viuda: «No te cases segunda vez; sigue libre, gobiérnate, adminístrate tú misma, y, puesto que tu territorio es tan extenso que no bastan las fuerzas de un hombre, ni aun de una compañía, divídete en provincias independientes, autónomas, unidas entré sí solamente por un lazo federal. Sobre todo, nada de dualismo: acepta un jefe si no puedes pasarte sin él, y hazed por entenderos. Pero, cuidado con buscarle un auxiliar; cuidado con introducir en vuestro lecho un amante, un adúltero, que te tiranizaría más que el primero. Esto produciría á la vez tu ruína y tu vergüenza... La Francia no ha seguido el consejo. Se ha vuelto á casar, ha buscado un amante, y sus miserias han aumentado como sus faltas. Así pues, la *Monarquía* y la *Democracia*, elementos antagónicos é inconciliables, constituyen la rivalidad fatal en que está basado nuestro sistema político. El príncipe goza del título conyugal y ejerce sus derechos; la condicion de la demo-

cracia, representada por un cierto número de hombres de valer escogidos por el Cuerpo electoral, y que se llama oposicion, es variable. Unas veces va á la par con el príncipe, le obliga á rendir cuentas penosas, le impone su direccion, le arroja de su casa y de su lecho; otras veces el esposo ultrajado toma la revancha, obliga á la modocracia á batirse en retirada, dejando apénas á sus representantes algunas migajas de amor insuficientes para su robusto apetito. Desde el 2 de Diciembre, el amigo íntimo tenía que comer en la cocina; con motivo de las últimas elecciones ha sido invitado á sentarse en la mesa de los señores. Ahora toca al amo tener cuidado. Suceda lo que quiera, es claro que, como los dos rivales se proponen idénticamente el mismo objeto, quieren absolutamente la misma [cosa], es decir, poseer exclusivamente la mujer y sus bienes; la Francia no tiene que esperar ventajas por el cambio. Que se arroje en brazos de su marido ó de su amante, ó que trate de atender á los dos y procure conciliarlos acariciándolos alternativamente, todo esto no sirve de nada. Sus rentas personales son las que pagan siempre los gastos de estas querellas y de estas reconciliaciones.

¿Qué más diré? En lugar del señor único que poseyó su juventud, y á quien llamaba *Mi noble esposo*, la Francia, con su sistema de poliandria constitucional, se ha buscado dos tiranos, se ha prostituido. El adulterio, como lenitivo de la

autoridad marital y preservativo del divorcio; la promiscuidad en la familia política, para que sirva de ejemplo á las familias particulares: tal es el sistema imaginado en 1791, inaugurado en 1814, consolidado en 1830, y por cuyo restablecimiento acaba de emitir París 153.000 votos. ¿Qué decís á esto, demócratas arrogantes? ¿Sabeis lo que es vuestra oposicion? Una alcahuetería. Si no os convence la demostracion de este apólogo, tengo á vuestra disposicion toda clase de argumentos, de hecho y de derecho, pero perentorios. Pero ántes tengo que probaros que no estoy sólo: que los diez y ocho protestantes de 1.º de Junio se han convertido en una *legion*, y que teneis enfrente de vosotros un partido decidido á borraros del diccionario político.

(Aquí quedó interrumpido el manuscrito.)

ÍNDICE.

	Páginas.
PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.	5
ADVERTENCIA.	9
PRÓLOGO.	15
CAPÍTULO PRIMERO.—Una nacion que se retracta.	19
CAP. II.—Inmolaciones dinásticas,	35
CAP. III.—Las quince Constituciones del pueblo francés; preludios de la diez y seis.—La Europa y la América en trabajo de Constitucion y de reformas.—Malestar universal.	56
CAP. IV.—Crítica general de las Constituciones.—Serie histórica y serie lógica.—Extremos y medios.—Descubrimiento del ciclo constitucional.—Perpetuidad de los cambios.—Instabilidad constante.	71
CAP. V.—Crítica general de las Constituciones.—De la unidad y de la indivisibilidad orgánica: fórmula, condiciones y límites de esta ley.—Aplicacion al órden político.—Grave error de los publicistas, hombres de	